

¿Quién mata a los suicidas?

Por Sebastián SALAZAR BONDY

La crónica periodística se ha ocupado reiteradamente en los últimos meses de diversos casos de suicidio. Por causas no siempre bien esclarecidas, en circunstancias a veces misteriosas, del modo que evoca la novela romántica o por la vía del mayor sufrimiento, un número crecido de personas ha dado fin a sus días elevando el índice de desaparición por voluntad propia de nuestras estadísticas de mortalidad. Aun un niño, un escolar, ha figurado en la trágica serie. Es lógico que estos sucesos llamen la atención y muevan de inmediato a la reflexión, no sólo porque el suicidio y su noticia conmueven debido a su carácter de inapelable recurso para terminar con el drama de una "situación límite", sino porque en el transfondo de las razones que lo determinan —y que determinan su frecuencia— hay un factor social que es posible enderezar para impedir la proliferación. Un inteligente articulista ha apelado a la explicación metafísica que Camus daba a este medio de vencer el absurdo para absolver la incógnita que los recientes casos plantean a la meditación. La vida sin sentido, la frustración del proyecto existencial, estarían en el meollo de tales determinaciones sin escapatoria.

Pero cabe añadir una pregunta: ¿si se analizara la ubicación social de los suicidios, el sector al que pertenecen quienes han accedido al impulso fatal, no se hallaría que todos o la enorme mayoría pertenecen a ese estrato en que la esperanza vital está bloqueada por la inmovilidad de nuestra sociedad? El programa que es, en sí, todo hombre, no está constituido únicamente por su intimidad espiritual, ni tampoco, por supuesto, por su ser psicológico. Desde que el ser humano, como integridad, se asimila a la vida con los demás —su hogar, primero; la escuela y los amigos, después; el trabajo, luego—, las relaciones que desenvuelve deben necesariamente tener un eco solidario. Su interioridad se nutre de su exterioridad, y en dicho intercambio cada uno es parte de todos, y todos, a su turno, son parte de uno. Si hay un momento en que se cierran las puertas a las virtualidades de un viviente, éste verá frustrado su desarrollo y con él la fuerza que lo ha de llevar a su lugar en el mundo. Ocurre, entonces, que palpa su soledad en toda su terrible hondura. Y palpa, al mismo tiempo, su inutilidad. Una sociedad excluyente, que segrega a unos y admite a otros sin valorar sus posibilidades y capacidades, sus ensoñaciones y sus anhelos, *fabrica*, valga la palabra, sus suicidas.

El suicidio como hecho regular no es para cruzarse de brazos. Denuncia una quiebra moral que no es particular de quien siega sus días voluntariamente, sino de toda la comunidad a la que la víctima pertenece. Cuando la comunidad está basada en el egoísmo, es el egoísmo de los que no se matan el culpable de las muertes voluntarias que ocurren. Y esto no es tremendismo: la sangre derramada se olvida pronto, no pesa en la balanza del bien y del mal de ninguna persona en particular, no afecta la conciencia de éste o de aquél. Pero sí somete a todos los que actuamos, pensamos y creamos, a una grave prueba, pues nos dice someramente que no hay nadie que esté libre de tomar un día el arma para eliminarse sin saber, en verdad, por qué. Rousseau decía que nadie dejaría de asesinar al mandarín chino de cuya remota muerte dependiera su personal felicidad. Que el mismo mecanismo no obre ahora que las continuas noticias de suicidio nos dan el alerta sobre una crisis entrañable y también general.